

¿HACIA UN «ECUMENISMO DE LAS RELIGIONES»?

I. DESAFÍOS NUEVOS Y ANTIGUOS

Hace unos meses el papa Juan Pablo II realizó dos viajes de especial importancia, a Egipto y a Tierra Santa. En ambas regiones tuvo encuentros impresionantes con muchos cristianos de otros ritos y confesiones, y con los seguidores de otras religiones. Una vez más saltó a la vista que Juan Pablo II muestra una «actitud ecuménica» ante todo el mundo¹. Algunos concluyen que el ecumenismo, hoy en día, tendría un campo mucho más amplio que en las épocas anteriores: no se referiría sólo a la búsqueda de unidad entre los cristianos, sino a la unión de las religiones. El *ecumenismo cristiano*, por tanto, ya estaría superado. Habría llegado la hora de un ecumenismo más extenso, que es llamado «new» o «wider ecumenism» o «ecumenism of religions»². Ese planteamiento, ciertamente, expresa con frecuencia las inquietudes más nobles por establecer un reino de paz universal en nuestras sociedades multiculturales; pero, aparte de eso, ¿qué se puede responder?

¹ Cf. *Vatican Information Service* 10 (27-III-2000).

² Cf. S. Wesley Ariarajah, «The ecumenical Impact of Inter-religious Dialogue», *The Ecumenical Review* 49 (1997) 212-222. Robert Caspar, *Para una visión cristiana del Islam* (Santander 1995) 248.

Es un hecho que los dos movimientos —es decir, las relaciones de los cristianos entre sí y con las religiones— tienen mucho en común. Están, en cierto modo, unidos desde el principio: el ecumenismo institucional nació justamente para mitigar —o evitar— el escándalo de la confusión que significa la división de los cristianos para la tarea misionera³. Como «punto de referencia capital en la historia del ecumenismo»⁴ se suele considerar un acontecimiento que tuvo lugar durante la *World Missionary Conference*, de Edinburgo (1910). Durante esa gran asamblea de las Iglesias protestantes, un delegado de las jóvenes comunidades del Extremo Oriente se levantó y dijo: «Vosotros nos habéis mandado misioneros que nos han dado a conocer a Jesucristo, por lo que os estamos agradecidos. Pero, al mismo tiempo, nos habéis traído vuestras distinciones y divisiones: unos nos predicán el metodismo, otros el luteranismo, otros el congregacionalismo o el episcopalismo. Nosotros os suplicamos que nos prediquéis el Evangelio, y dejéis a Jesucristo suscitar en el seno de nuestros pueblos, por la acción del Espíritu Santo, la Iglesia»⁵.

La unidad de los cristianos es «fuente eficaz de la evangelización»⁶. La labor ecuménica, por tanto, es una necesidad vital y urgente con respecto a la labor misionera. Recibe, por así decirlo, unos impulsos muy fuertes de las religiones que piden a los cristianos dar «un testimonio común del amor de Cristo en el mundo de hoy»⁷. En ese sentido, el papa Pablo VI dijo en Bombay (1964), al dirigirse

³ Concilio Vaticano II, *Decreto Unitatis redintegratio* I=URI, n.1. Cf. Juan Pablo II, «Inolvidable peregrinación a Tierra Santa», *Zenit* (Agencia Internacional de Información de Roma: www.zenit.org) (30-III-2000).

⁴ Gustavo Thils, *Historia doctrinal del movimiento ecuménico* (Madrid 1965) 8.

⁵ A. Villain, *Introducción al Ecumenismo* (Bilbao 1962) 21s.

⁶ Juan Pablo II, «El Concilio, un gran don del Espíritu a su Iglesia. Discurso ante el Congreso sobre el Vaticano II», n.7, *Zenit* (5-III-2000).

⁷ Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, *Directorio para la aplicación de los principios y normas sobre el Ecumenismo* (Madrid 1993); también *Origins* 24/40 (1995) 657. Cf. Concilio Vaticano II, *Decreto Ad gentes*, n. 36.

a los representantes de las diferentes Comunidades cristianas: «No debemos tomar iniciativas aisladamente. Esperamos, por el contrario, que nuestros esfuerzos puedan acompañar a los vuestros, que puedan unirse a los vuestros, de tal manera que, en humildad, caridad y comprensión mutua, podamos conjuntamente buscar y encontrar los caminos por los que un día pueda realizarse plenamente la voluntad de Cristo: *Que todos sean uno para que el mundo crea*»⁸. Por otro lado, también la labor ecuménica fructifica no poco la labor misionera, en cuanto que extiende su espiritualidad, su antropología y «métodos» a esos campos de acción.

Queda la pregunta sobre si pudiesen unirse esos dos movimientos bajo el nombre de «ecumenismo». Para obtener luz en ese tema bastante complejo me parece importante distinguir entre el *fundamento eclesiológico* del ecumenismo y lo que se suele llamar la *espiritualidad ecuménica*.

II. FUNDAMENTO ECLESIOLOGICO

El Concilio Vaticano II subraya que hay una única verdad, una única Iglesia, que es la Iglesia de Jesucristo⁹. Esta Iglesia es enviada a todos los rincones de la tierra, para llevar la Buena Nueva de la salvación a todas las naciones. Pertenecen a ella los que son (válidamente) bautizados, «los que invocan al Dios Trino y confiesan a Jesucristo como Señor y Salvador»¹⁰; los católicos, los ortodoxos y los protestantes con sus múltiples ramas y subdivisiones.

1. *Las comunidades cristianas*

Pero antes de anunciar la fe a las naciones, hay que poner orden en la propia casa. De eso trata el movimiento

⁸ *L'Osservatore Romano* (4-XII-1964). Cf. Jn 17,21.

⁹ Para toda la temática cf. Congregación para la Doctrina de la Fe I=CDFI, *Declaración Dominus Iesus, sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia* (6-VIII-2000); y el estudio detallado de Fernando Rodríguez Garrapucho, scj., «Una reflexión aclaratoria y explicativa de la 'Dominus Iesus'», *Ecclesia* 3.017 (2000) 6-10.

¹⁰ UR, n. 1.

ecuménico («oikós» = casa, «oikéin» = habitar). Se refiere a los que han entrado, por el bautismo, en la gran casa de Cristo y favorece su unidad, «de acuerdo con las diversas necesidades de la Iglesia y las posibilidades de los tiempos»¹¹.

El Vaticano II subraya, además, que la única Iglesia de Cristo «subsiste en la Iglesia católica»¹². No dice que «es» la Iglesia católica para dejar espacio a la realidad eclesial de las otras comunidades cristianas: está realizada *en su plenitud* en ésta y *en parte* también en las otras Iglesias cristianas, en las que se encuentran también elementos de verdad y bondad («*elementa Ecclesiae*»)¹³: «Las piedras desprendidas de la roca aurífera son también auríferas»¹⁴.

La preocupación por la unidad de los cristianos es algo esencial y necesario que pertenece al corazón de la Iglesia¹⁵. No es un añadido; «no es sólo un mero 'apéndice', que se añade a la actividad tradicional de la Iglesia»¹⁶. Ha existido desde siempre, aunque se puede decir con razón que sus *formas de expresión* han cambiado notablemente en las últimas décadas.

La Iglesia católica, ciertamente, siempre procuraba ser una buena «Madre» para sus hijos: los cuidaba, enseñaba, defendía y vigilaba sobre ellos; los separaba de todo lo que podría dañarles. Hoy, muy conscientemente, procura ser una Madre buena para toda la gran familia, para los hijos cercanos y para los que se han separado: busca su amistad,

¹¹ *Ibid.*

¹² Concilio Vaticano II, *Declaración Dignitatis humanae*, n. 1. UR, n. 4.

¹³ «Más aún, algunos, o mejor *muchos e importantes* elementos y bienes que, en conjunto, constituyen y dan vida a la misma Iglesia, pueden hallarse *fuera de los límites visibles* de la Iglesia Católica: la palabra de Dios escrita, la vida de la gracia, la fe, la esperanza, la caridad y otros dones interiores del Espíritu Santo y elementos visibles», UR, n. 3.

¹⁴ Pío XI, «Discurso, 10-I-1927», *Irenikon* 2 (1927) 20. El Papa se refería a las «venerables cristiandades orientales».

¹⁵ Hace poco, un pastor evangélico convertido, analizó el pontificado actual y concluyó: «Juan Pablo II ha dejado más claro que nunca que el ecumenismo forma parte inseparable de la fe y es inherente a la propia comprensión de la Iglesia». Richard John Neuhaus, «Juan Pablo II ha dado un nuevo significado al ecumenismo», *Zenit* (20-X-1999).

¹⁶ Juan Pablo II, *Encíclica Ut unum sint* (=UUSI), n. 20.

trata de comprenderles; es capaz incluso de admirar sus bienes y dispuesta para renovar la propia casa¹⁷. El papa Juan XXIII afirmó al comienzo del Vaticano II: «La Iglesia quiere mostrarse como una Madre llena de amor, bondad y paciencia... hacia sus hijos separados»¹⁸.

Con ello, la Iglesia católica no reniega su misión de custodiar y transmitir íntegramente la plenitud de la revelación. Pero sabe que, en cuanto que está compuesta por hombres débiles, debe alcanzar una mayor conciencia de todos sus tesoros, y realizar cada vez mejor en su vida todos los valores que abarca el mensaje de Cristo¹⁹. Puede ser que otras comunidades le recuerdan algunas verdades que quizá haya olvidado²⁰. Puede ser que otros le ayudan a renovarse, a llegar a ser cada vez más plenamente lo que es. En este sentido, no sólo quiere orientar y ayudar a los demás; también quiere aprender de ellos.

2. Las religiones

Con respecto a las religiones, se han corregido y perfilado en las últimas décadas muchos puntos de vista tradicionales en la teología católica²¹. Apenas se encuentran en nuestros días representantes de la llamada posición *ecle-*

¹⁷ Cf. UR, n. 4.

¹⁸ Juan XXIII, *Alocución para la apertura del Vaticano II* (22-X-1962).

¹⁹ «Pues, aunque la Iglesia católica se halle enriquecida con toda la verdad revelada por Dios y todos los medios de la gracia, sin embargo, sus miembros no viven con todo el fervor que tales riquezas exigen». UR, n. 4.

²⁰ Cf. UR, n. 3. Es cierto que en las demás comunidades cristianas «ciertos aspectos del misterio cristiano han estado a veces más puestos de relieve». UUS, n. 2.

²¹ Para profundizar en las tesis que se desarrollan en este párrafo cf. el estudio de la Comisión Teológica Internacional. «El cristianismo y las religiones (1996)» [=CyRI, en C. Pozo (ed.), *Comisión Teológica Internacional. Documentos 1969-1996. Veinticinco años de servicio a la teología de la Iglesia* (Madrid 1998) 557-604; y el análisis sistemático de este texto, realizado por José Morales. «Cristianismo y religiones», *Scripta Theologica* 30 (1998) 405-438. El autor explica que en vez de «religiones no cristianas» se habla hoy sencillamente de «religiones», porque la característica fundamental de ellas no se agota en ser *no cristianas*. Cf. *Ibid.*, 407.

siocéntrica-exclusivista, que niega la salvación de quienes no pertenecen visiblemente a la Iglesia²². Aquella postura es descalificada por muchos hoy como «insostenible, anacrónica e intolerante»²³. Han surgido, en cambio, otros sistemas teológicos que tratan la relación del cristianismo con las religiones desde el punto de vista del otro extremo.

Según los presupuestos del *teocentrismo* o *pluralismo teológico*, todas las religiones son colocadas en el mismo plano; todas tienen el mismo valor veritativo²⁴. Jesucristo, por tanto, no es considerado constitutivo de la salvación. A veces ni se le reconoce como el mediador que mejor la expresa. Se le ve simplemente como un profeta más entre los muchos que han aparecido en el transcurso de los tiempos²⁵. Las posturas pluralistas se basan, en definitiva, en un relativismo y vienen a exigir, si se las piensa hasta el final, la destrucción de la identidad religiosa e histórica del cristianismo²⁶.

Pero con ese indiferentismo de las ideas, que todas las religiones sean iguales, no se puede ir adelante. Una adecuada teología de las religiones no puede pasar por alto el problema de la verdad. «Afirmar que todas (las religiones) son verdaderas equivale a declarar que todas son falsas. Sacrificar la cuestión de la verdad es incompatible con la visión cristiana»²⁷. Lo propio de la fe cristiana en el mundo de las religiones consiste justamente en que sostiene que nos dice la verdad sobre Dios y el hombre, y que pretende ser la *religión verdadera*²⁸.

²² Cf. CyR, n. 10.

²³ Cf. José Morales, *cit.*, 412.

²⁴ El pluralismo teológico fue elaborado especialmente por John Hick y Paul Knitter: Cf. John Hick y Paul Knitter (eds.), *The Myth of Christian Uniqueness* (London 1987). John Hick, *God and the Universe of Faiths* (London 1973); Id., *Theology of Religious Pluralism* (Lanham 1997). Paul Knitter, *One Earth many Religions* (New York 1995); Id., *Jesus and the other names: Christian Mission and Global Responsibility* (New York 1996).

²⁵ Cf. CyR, n. 12.

²⁶ Según la posición pluralista importa sólo que cada uno, animado por el testimonio de los demás, viva profundamente su propia fe. CyR, n.23. Esta postura ha sido severamente criticada por numerosos autores contemporáneos. Cf. la literatura que da José Morales, *cit.*, 414.

²⁷ CyR, n. 13.

²⁸ Cf. Joseph Ratzinger, «Fe, verdad y cultura», en AA. VV., *Congreso Internacional de Teología sobre la encíclica Fides et ratio* (Madrid 16-II-2000); cf. *Aceprensa* 31 (2000/25).

Se puede, probablemente, construir una concepción fenomenológica o empírica de la religión a partir de unos criterios que sean aceptados por todos. Pero al elaborar una *teología cristiana* de las religiones, no se puede pedir a los teólogos renunciar a los aspectos fundamentales de su fe. «Si la teología es *fides quaerens intellectum*, no se ve cómo se puede... llevar adelante una reflexión teológica adecuada prescindiendo de las propias fuentes»²⁹.

Según el mensaje del Nuevo Testamento ni una limitación de la voluntad salvífica de Dios a los (formalmente) bautizados, ni la admisión de mediaciones paralelas a la de Jesús parece la postura adecuada de un cristiano con respecto a las religiones³⁰. La teología opta por una tercera vía entre el rigorismo y el relativismo. Es el llamado *crístocentrismo inclusivista*, que parte de la absoluta singularidad religiosa de Jesucristo, y de la universalidad de la salvación en Él³¹. Aquí se ve claramente la necesidad de reflexionar acerca de la verdad: solo si la fe cristiana es verdadera, afecta a todos los hombres³².

Según la opción crístocéntrica todos los hombres están ordenados a Dios: todos han sido creados a imagen suya³³ y

²⁹ CyR, n. 6.

³⁰ Cf. Pablo VI: «No podemos evidentemente compartir estas varias expresiones religiosas, ni podemos permanecer indiferentes, como si todas, a su manera, fuesen equivalentes y como si autorizasen a sus fieles a no buscar si Dios mismo ha revelado la forma, exenta de todo error, perfecta y definitiva con la que Él quiere ser conocido, amado y servido; todo lo contrario, por deber de lealtad, debemos manifestar nuestra persuasión de que es única la verdadera religión, y que ésta es la cristiana, y alimentar la esperanza de que sea reconocida por todos los que buscan y adoran a Dios». *Encíclica Ecclesiam suam* I=ESI, n. 100. También, cf. CyR, n. 39.

³¹ CyR, n. 11.

³² «Si (la fe cristiana) es solo una variante cultural de las experiencias religiosas del hombre, cifradas en símbolos y nunca descifradas, entonces tiene que permanecer en su cultura y dejar a las otras en las suyas», cf. Joseph Ratzinger, *cit.*

³³ «Todos los hombres han sido creados a imagen de Dios, y dado que, en el Nuevo Testamento, la imagen perfecta de Dios es Cristo (cf. 2 Cor 4,4; Col 1,5), se puede pensar en una *ordenación* de todos los hombres hacia Él», CyR, n. 31. El Concilio Vaticano II habla de la dimensión cristológica de la imagen de Dios en cada hombre, cf. la *Constitución pastoral Gaudium et Spes*, n. 41.

están llamados a unirse con Él para toda la eternidad³⁴. Para llevar a cabo ese plan salvífico universal, Dios mismo se ha aproximado gradualmente a los hombres mediante las diversas alianzas a lo largo de la historia de la humanidad: primero realizó una alianza con Noé (cf. Gn 7,1s.), que es el representante de los pueblos que no conocen al Dios del Antiguo Testamento (budismo, hinduismo)³⁵; luego se relacionó más estrechamente con Abrahám y con Moisés, de los cuales parten las tres grandes religiones monoteístas: judaísmo, islam y cristianismo; y por fin vino al mundo en la Persona de Jesucristo, el Verbo de Dios hecho Hombre, que es la alianza nueva y universal³⁶. Esta alianza se distingue esencialmente de las otras. Es la plenitud de la unión entre Dios y los hombres³⁷. Es una alianza del Espíritu, a la cual están llamados todos los pueblos y naciones³⁸.

El Espíritu, ciertamente, puede actuar en todas las religiones. En cada una de ellas pueden encontrarse *semina Verbi*, huellas de verdad y bondad³⁹. Por eso, según la mayoría de los teólogos católicos actuales, las religiones pueden

³⁴ El Concilio expresa la idea de que «el Hijo de Dios se ha unido a cada hombre», *Gaudium et Spes*, n. 22; Juan Pablo II, *Encíclica Redemptoris missio*, n. 6.

³⁵ Cf. CyR, n. 52. Para Jean Daniélou y Henri de Lubac, la alianza de Dios con Noé posee naturaleza cósmica y comporta una revelación de Dios en la naturaleza y en la conciencia. Cf. la exposición y la literatura que da José Morales, *cit.*, 408s.

³⁶ Cf. CyR, n. 53.

³⁷ Jesús lleva la historia entera hacia su cumplimiento. Cf. *Constitución pastoral Gaudium et Spes*, n. 10.

³⁸ Cf. 2 Cor 3,6. «Sólo en Jesús pueden los hombres salvarse, y por ello el cristianismo tiene una clara pretensión de universalidad. El mensaje cristiano se dirige por tanto a todos los hombres y a todos ha de ser anunciado», CyR, n. 49.

³⁹ Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática Lumen Gentium*, nn. 16-17; Decreto *Ad gentes*, nn. 11 y 15; *Declaración Nostra aetate*, n. 2. Juan Pablo II, *Encíclica Redemptoris missio*, n. 2. «La afirmación de la posibilidad de la existencia de elementos salvíficos en las religiones no implica en sí misma un juicio sobre la presencia de estos elementos en cada una de las religiones concretas. Por otra parte, el amor de Dios y del prójimo, hecho posible en última instancia por Jesús, el único mediador, es el solo camino para llegar a Dios mismo. Las religiones pueden ser portadoras de la verdad salvadora sólo en cuanto llevan a los hombres al verdadero amor», CyR, n. 87.

ser mediaciones de salvación para sus seguidores⁴⁰. Pero hay que distinguir entre la plena aparición del Hijo de Dios en Jesús, y la presencia de sus *semillas* en quienes no le conocen: «esta presencia, siendo real, no excluye el error ni la contradicción»⁴¹.

Las religiones no poseen autonomía salvífica⁴². En cuanto que acercan a los hombres a la salvación, no pueden considerarse separadas de Jesucristo, porque el Espíritu que en ellas actúa, es el Espíritu de Cristo⁴³. Su operación en las culturas y religiones «asume un valor de preparación evangélica y no puede no referirse a Cristo»⁴⁴. Conduce secretamente a los hombres a Cristo y a su Iglesia, que es el «lugar privilegiado» de su acción⁴⁵.

Cuando, por tanto, los no cristianos son justificados por la gracia de Dios, se unen a Jesucristo y también —de un modo inconsciente para todos— al misterio de su Cuerpo, que es la Iglesia⁴⁶. Participan hondamente en el misterio eclesial, del modo que sólo Dios conoce⁴⁷.

Volvemos a nuestra pregunta inicial. ¿Se puede denominar las relaciones entre los cristianos y los seguidores de

⁴⁰ Queda abierta la pregunta sobre si los fieles de otras religiones son salvados por Jesucristo a pesar de (o fuera de) sus propias tradiciones religiosas, o en virtud de una sincera adhesión a ellas. Con respecto a las discusiones actuales cf. José Morales, *cit.*, 432.

⁴¹ CyR, n. 49. Cf. Consejo Pontifical para el Diálogo Interreligioso, *Pastoral Attention to Traditional Religion (21-XI-1993)*, n. 5: «Shadows in Traditional Religions».

⁴² Cf. CyR, n. 11.

⁴³ Cf. CyR n. 49.

⁴⁴ CyR, n. 60.

⁴⁵ CyR, n. 56.

⁴⁶ «Si el mundo no es católico desde el punto de vista confesional, ciertamente está penetrado, muy profundamente, por el Evangelio. Se puede incluso decir que, en cierto modo, está presente en él de modo invisible el misterio de la Iglesia, Cuerpo de Cristo», Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza* (Barcelona 1994) 124. Cf. CyR, n. 72. Se puede hablar, por tanto, «de un vínculo con el misterio de Cristo y de su cuerpo eclesial», *Ibid.*, n. 73.

⁴⁷ Cf. CyR, n. 78. La *inclusión* «no ha de entenderse... en términos de vínculos (formales) de mayor o menos intensidad, sino en términos de participación en el misterio eclesial», cf. José Morales, *cit.*, 428.

las otras religiones con el término *ecumenismo*? El movimiento ecuménico tiende, como hemos visto, hacia la plena unión de los que ya pertenecen, formalmente, a la Iglesia de Cristo: quiere poner orden en la propia casa, renovar y limpiarla, para que se pueda percibir más claramente su belleza. El movimiento hacia las otras religiones, sin embargo, no puede pretender la unión. No se puede pedir a una persona construir una casa nueva, si ella está convencida de que en la suya se encuentran todas las riquezas que necesita la humanidad: sería un daño no sólo para los habitantes de aquella casa, sino también para todos los demás que suelen beneficiarse continuamente, quizá sin saberlo, de los tesoros que esa casa alberga.

Las relaciones entre los cristianos y los no cristianos, por tanto, son fundamentalmente distintas a aquellas que guardan los cristianos entre sí⁴⁸. Por ello resulta más prudente evitar el término *ecumenismo* en esas situaciones para no dar lugar a confusiones. Una vez aclarado esto, ¿conviene emplear la expresión *espiritualidad ecuménica* para todo tipo de relaciones interreligiosas que se están extendiendo ampliamente en el mundo entero?

Juan Pablo II ha dicho en repetidas ocasiones: «En los umbrales del tercer milenio de la era cristiana, el compromiso ecuménico debe animarse con vigor renovado y ardiente»⁴⁹. Considerando esa afirmación resulta claro que, en cuanto al *fundamento*, el llamado «compromiso ecuménico» se refiere a los cristianos. ¿Pero no se podría interpretar que, en cuanto a la *espiritualidad*, dicho compromiso mira a todos los pueblos y naciones? Se ha creado, realmente, una atmósfera nueva en los encuentros religiosos, más penetrada por el Espíritu y más adecuada a la dignidad de los hombres.

⁴⁸ Cf. *Decreto Ad gentes*, n. 6.

⁴⁹ Juan Pablo II, *Hay que continuar con intensidad el diálogo con los ortodoxos. Carta al Cardenal Edward Idris Cassidy, Presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos (4-VI-1999)* (Ciudad del Vaticano 1999).

III. «ESPIRITUALIDAD ECUMÉNICA»

La llamada *espiritualidad ecuménica* significa comúnmente una disposición personal a renovarse, un respeto sincero hacia la persona del otro y la decisión valiente de dejar atrás viejos prejuicios y clichés y profundizar en la verdad.

1. *Renovación personal*

Para dar un testimonio convincente de la propia fe, hace falta una renovación continua. Así afirma el Vaticano II que «la conversión interior y la santidad de vida... deben considerarse como el alma de todo el movimiento ecuménico»⁵⁰. Lo que vale para el trato con los otros cristianos, vale igualmente para el trato con los seguidores de las otras religiones. Todas esas relaciones no se definen sólo por una preocupación por los demás, sino también por uno mismo. Cada cristiano ha de preguntarse, primero, personalmente: ¿qué testimonio de Cristo doy al mundo?⁵¹.

En un segundo paso, esta renovación afecta también a las instituciones y la vida pública de la Iglesia⁵². Es significativo que el papa Juan Pablo II invita a una purificación de la memoria a todas las personas y asociaciones⁵³. Sabemos bien que la memoria no es sólo una facultad relativa al pasado. Influye profundamente en el presente. Lo que recordamos afecta, con frecuencia, nuestras relaciones con los demás. Si hay una herida del pasado que queda en la memoria, esta herida puede llevar a una persona a ence-

⁵⁰ UR, n. 8. «(Los fieles católicos) deben examinar con sinceridad lo que hay que renovar y hacer en la *misma Familia Católica*, para que su vida dé un testimonio *más fiel y patente* de la doctrina e instituciones recibidas de Cristo a través de los Apóstoles». Ibid.

⁵¹ «No se da verdadero ecumenismo sin conversión interior. Los anhelos de unidad nacen y maduran a partir de la renovación espiritual, de la abnegación de sí mismo y de la efusión generosa de la caridad», UR, n. 7.

⁵² Cf. UR, n. 6.

⁵³ Cf. UUS, n. 2.

rrarse en sí misma; puede traducirse en una cierta resistencia a encontrarse de una manera serena entre los demás, y puede dificultar o impedir cualquier diálogo.

El Papa mismo ha pedido perdón al mundo, en un acto solemne, por los pecados pasados y presentes de los cristianos⁵⁴. Este acto fue un servicio a la verdad. A lo largo de la historia había múltiples conflictos y tensiones, tanto entre las diversas comunidades cristianas como entre los cristianos y los demás creyentes⁵⁵. «Los cristianos no pueden minusvalorar el peso de las incomprensiones ancestrales que han heredado del pasado, de los malentendidos y prejuicios de los unos contra los otros. No pocas veces, además, la inercia, la indiferencia y un insuficiente conocimiento recíproco agravan estas situaciones⁵⁶. La Iglesia no tiene miedo de afrontar las culpas de sus hijos, cuando se da cuenta de sus errores.

La petición pública de perdón fue también un servicio excelente a la unidad; esto lo han confirmado, por ejemplo, los líderes de la Iglesia evangélica de Alemania⁵⁷. Fue a la vez un servicio a la caridad, un testimonio de amor en la humildad de quien pide perdón⁵⁸. En cuanto tal, marca fuer-

⁵⁴ La solemne petición de perdón tuvo lugar el 12-III-2000 en la basílica de San Pedro en Roma. Juan Pablo II se refirió especialmente a los pecados que fueron cometidos contra la dignidad humana en el servicio de la verdad, contra la unidad de los cristianos, en relación con el pueblo de Israel y contra el amor y la paz. Cf. *Memoria y reconciliación: la Iglesia y las culpas del pasado* (Madrid 2000) 47-138.

⁵⁵ Cf. por ejemplo las palabras del papa Pablo VI a los ortodoxos: «Ahora, después de un largo período de división y de *recíproca incomprensión*, el Señor nos permite redescubrirnos como Iglesias-hermanas», *Tomos agapés. Documentación de las relaciones entre la Santa Sede y el Patriarcado de Constantinopla (1958-1972)* (Roma-Estambul 1971) 176. En castellano cf. *Al encuentro de la unidad* (traducción de L. Vadillo) (Madrid 1973) 156.

⁵⁶ UUS, n. 2.

⁵⁷ Cf. la entrevista con el líder evangélico Manfred Kock, «El 'Mea Culpa' del Papa ayuda a la unidad», *Zenit* (16-III-2000).

⁵⁸ Cf. Mons. Marini, «El Papa pedirá perdón por las culpas del pasado», *Zenit* (8-III-2000).

temente las relaciones con los seguidores de todas las confesiones y religiones⁵⁹.

Juan Pablo II afirmó en otra ocasión: «Para los cristianos, estos son los días del perdón y de la reconciliación. Sin este testimonio, el mundo no creerá. ¿Cómo podemos hablar de modo creíble sobre Dios, que es Amor, si no hay tregua en la contraposición? Sanad las llagas del pasado con el amor. Que el sufrimiento común no genere separación, sino que suscite el milagro de la reconciliación»⁶⁰.

2. Profundo respeto a la libertad personal

La Iglesia *lamenta* que sus hijos hayan empleado «métodos de intolerancia e incluso de violencia» en el servicio de la verdad⁶¹. Tenemos hoy en día una conciencia más clara que en otras épocas acerca de que cada persona humana es imagen de Dios, y lo es, de un modo muy especial, en su libertad religiosa (que puede considerarse el núcleo de la intimidad). No debemos, bajo ningún pretexto, destruir esta imagen. Es esto lo que se intenta cuando se impide a una persona vivir según sus convicciones religiosas⁶².

La Madre Teresa de Calcuta, en cambio, optó por otro comportamiento cuando atendía a los moribundos en las zonas más pobres de la India. Como era una persona profundamente convencida de su fe católica, deseaba que todos muriesen en paz con Dios. Pero esto no significaba, por

⁵⁹ Cf. Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, *Christians and Buddhists. Communities of Forgiveness and Compassion* (1997), n. 5. Comisión para las Relaciones religiosas con el Judaísmo, *We remember. A reflection on the Shoah* (1998), n. 5.

⁶⁰ Sobre el viaje de Juan Pablo II a Rumanía, cf. *Acepción* 30 (1999/5) 1-4.

⁶¹ Cf. Juan Pablo II, *Carta apostólica Tertio millennio adveniente*, n. 35 «Sobre el rostro de la Iglesia resplandece siempre la luz de Cristo, pero los métodos de intolerancia e incluso de violencia en el servicio de la Verdad oscurecieron para algunos esa luz, que nos revela al Dios vivo».

⁶² Cf. Concilio Vaticano II, *Declaración Dignitatis humanae*, n. 3.

supuesto, coacción alguna, sino procurar, en esas situaciones concretas, que un hindú muriese como un buen hindú, un budista como un buen budista, un judío como un buen judío, un luterano como un buen luterano y un católico como un buen católico.

La Iglesia ha afirmado solemnemente que «la verdad no se impone sino por la fuerza de la misma verdad»⁶³. Ha condenado, en consecuencia, «todo tipo de acciones que puedan tener sabor a coacción o persuasión deshonesto o menos recta»⁶⁴. Y reconoce, sinceramente, que no siempre ha actuado bien. «En efecto, Cristo,... manso y humilde de corazón, atrajo e invitó pacientemente a los discípulos, no quería ejercer coacción sobre ellos»⁶⁵.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que la actitud de *respeto* es más que mera *tolerancia*. Mientras que la tolerancia da solamente el margen (necesario) para una posible convivencia entre los hombres, el respeto apunta a la relación misma entre ellos y al desafío que supone la vida de uno para los demás. El hecho de que «la verdad se conoce por la fuerza de la misma verdad», no significa sólo la descalificación de todos los actos contrarios a la libertad y al aprecio de las decisiones del otro. Implica igualmente la grave responsabilidad, para todas las personas humanas, de buscar el sentido verdadero y completo de la existencia, cada una en la medida de sus posibilidades individuales. Así, la sucesora de la Madre Teresa, que nació en

⁶³ *Ibid.*, n. 1. Juan Pablo II recoge esta frase en la encíclica UUS, n. 3.

⁶⁴ Concilio Vaticano II, *Declaración Dignitatis humanae*, n. 4. Esta «persuasión deshonesto» se designa a veces con el término «proselitismo». Cf. Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza* (Barcelona 1994) 127. Grupo Mixto de Trabajo de la Iglesia Católica y del Consejo Ecu­ménico de las Iglesia. «El desafío del proselitismo y la llamada al testimonio común», *Diálogo Ecu­ménico* 33 (1998) 247-264. Hay que tener en cuenta que el término bíblico «proselitismo» cambia de significado, cuando se lo emplea en ese contexto.

⁶⁵ Concilio Vaticano II, *Declaración Dignitatis humanae*, n. 11. El texto hace referencia a *Mt* 11,29. - *Mt* 11,28-30; *Jo* 5,67-68. - *Mt* 9,28s.; *Mc* 9,23s.

la India en el seno de una familia hindú, declaró en una entrevista: «Conservo dentro de mí los valores más bellos del hinduismo: provengo de aquella religión, de aquella cultura. Son mis raíces, y no puedo ni debo olvidarlas. Creo que existe una verdad *parcial* en las demás religiones, y, por tanto, también en el hinduismo. Pero sólo Cristo es la Verdad»⁶⁶.

3. Honor a la verdad completa

Una persona que actúa según una auténtica *espiritualidad ecuménica*, intenta dar a conocer todo lo que cree, con claridad y suavidad, y adaptado a las circunstancias de cada caso⁶⁷. No busca compromisos baratos, sabiendo que no hay nada tan ajeno al ecumenismo como una actitud relativista o indiferente ante la verdad⁶⁸.

Cuando los miembros de las diversas comunidades cristianas —y los seguidores de las demás religiones— siguen cada uno fielmente sus propias creencias, puede ser que, exteriormente, parecen tener poco en común, que están muy alejados los unos de los otros. Pero interiormente se parecen mucho más que cuando se juntan en unos acuerdos superficiales que dejan al lado la pregunta por la verdad. En el caso de que siguen, cada uno, su propia fe, se encuentran unidos en lo más hondo de su ser. Tienen la misma actitud fundamental que es la *fidelidad a las propias convicciones*. Existe entre ellos una unidad invisible, pero real. Es tan real como el Espíritu de Cristo que actúa en ellos.

⁶⁶ Cf. «Entrevista con Sor Nirmala», *Zenit* (1999). Pablo VI: «Pero no queremos negar nuestro respetuoso reconocimiento a los valores espirituales y morales de las varias confesiones religiosas no-cristianas. Queremos con ellas promover y defender los ideales que pueden ser comunes en el campo de la libertad religiosa, de la fraternidad humana, de la sana cultura y del orden civil», ES, n. 101.

⁶⁷ Cf. Concilio Vaticano II, *Declaración Dignitatis humanae*, n. 1.

⁶⁸ Cf. Concilio Vaticano II, *Decreto Ad gentes*, n. 15. UR, n. 11. El Concilio exhorta «a los fieles a que se abstengan de toda ligereza o celo imprudente que puedan perjudicar el progreso de la unidad». UR, n. 24; ES, n. 81.

IV. HACIA UNA CULTURA DEL DIÁLOGO

Hemos visto que, según los presupuestos teológicos de la fe católica, conviene reservar el término «ecumenismo» para los intentos de unión entre las diversas confesiones cristianas. La llamada *espiritualidad ecuménica*, en cambio, hace referencia a unas actitudes fundamentales que se exigen para cualquier encuentro religioso con otra persona, sea cristiana o no. Por eso podría emplearse en un sentido más amplio. Pero por razones de claridad me parece preferible evitar también esa expresión fuera del contexto cristiano. En vez de usar dicha expresión se puede hablar de la capacidad o disposición hacia el diálogo, distinguiendo netamente entre el diálogo ecuménico y el interreligioso.

De hecho, el Magisterio de la Iglesia está desarrollando, desde hace unas décadas, una honda antropología y espiritualidad del diálogo que contiene todos los elementos que suelen reunirse, actualmente, bajo el término de *espiritualidad ecuménica*⁶⁹. Hace referencia, además, a la dignidad de la persona tal como la subrayó el Vaticano II⁷⁰. Este explicó solemnemente: «Cada diálogo encierra una dimensión global, existencial. Abarca al sujeto humano totalmente... El diálogo no es sólo un intercambio de ideas. Siempre es de todos modos un 'intercambio de dones'»⁷¹. Consiste en dar y recibir, en enseñar y aprender. La Iglesia, efectivamente, se hace cada vez más católica, más universal, a medida que incorpora todo lo verdadero y bueno que el Espíritu ha operado en las palabras y acciones de los no cristianos.

Según el papa Pablo VI, «el clima del diálogo es la amistad»⁷². Se trata de una conversación hecha con amor que evita todo lo que puede ofender al otro y subraya lo común. «El diálogo no es orgulloso, no es hiriente, no es

⁶⁹ Cf. Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso, *Diálogo y Anuncio* (1991).

⁷⁰ Cf. UUS, n. 28.

⁷¹ Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática Lumen gentium*, n. 13.

⁷² ES, n. 80.

ofensivo. Su autoridad es intrínseca por la verdad que expone, por la caridad que difunde, por el ejemplo que da... Es pacífico...; es paciente; es generoso»⁷³. Juan Pablo II sigue explicando: «Cuando se empieza a dialogar, cada una de las partes debe presuponer una voluntad de reconciliación en su interlocutor»⁷⁴. Cada uno debe ver lo bueno en el otro, según aconseja la sabiduría popular: «Si quieres que los otros sean buenos, trátalos como si ya lo fuesen».

Como los católicos no tenemos conciencia plena de todas las riquezas de la propia fe, podemos (y debemos) avanzar, con la ayuda de los demás. La verdad nunca se tiene entera; es una conquista sucesiva⁷⁵. Así al final de un diálogo, no hay un vencido y un vencedor, sino que hay dos vencidos por la verdad.

Ciertamente, el diálogo quiere servir a la revelación de Jesús. No sustituye el anuncio⁷⁶, sino que *es* anuncio en su forma de humildad: es el anuncio evangélico que se hace «peregrino junto al hombre»⁷⁷. En este sentido dijo Juan Pablo II en un gran encuentro ecuménico: «No vengo a proponer utopías, ni polémicas, sino a Cristo»⁷⁸.

⁷³ *Ibid.*, n. 75.

⁷⁴ UUS, n. 29.

⁷⁵ El diálogo también contribuye a una exposición más profunda de la revelación recibida de una vez por todas, pero necesitada de mayor explicitación y comprensión con el paso del tiempo. «El sentido de los enunciados de la fe depende en parte de la fuerza expresiva de una lengua en una determinada época y en determinadas circunstancias. Ocurre, además, no pocas veces que una verdad dogmática se expresa en un primer momento de modo incompleto, aunque no falso, y más adelante, en un contexto más amplio de la fe y de los conocimientos humanos, se expresa de manera más plena y perfecta». CDF, *Declaración *Mysterium Ecclesiae**, n. 5.

⁷⁶ Cf. Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso, *Carta a los Presidentes de las Conferencias Episcopales acerca de la Espiritualidad del Diálogo* (1999). Juan Pablo II subraya: «No hay que oponer el diálogo al anuncio». Cf. «Testimoniar a Dios Padre en diálogo con todos los hombres religiosos», *Vatican Information Service* (21-IV-1999).

⁷⁷ Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza* (Barcelona 1994) 128.

⁷⁸ Juan Pablo II, «El diálogo entre cristianos no tiene marcha atrás», *Zenit* (12-V-1999).

El diálogo auténtico abarca toda la vida y lleva al testimonio común. Los cristianos pueden dar juntos un testimonio de la caridad de Cristo a todos los no cristianos⁷⁹. Los seguidores de las religiones pueden dar un testimonio conjunto de amor y justicia en el mundo secularizado⁸⁰.

Todos ellos pueden también unirse para la oración. Así dan un ejemplo importante de que la persona humana no se agota en la vida terrena: tiende hacia la trascendencia, es capaz de «tocar» al absoluto. «Nuestra oración nos recuerda que nuestra verdadera lengua madre es la alabanza a Dios, nuestra verdadera casa es el cielo»⁸¹.

Los cristianos rezan juntos por su unión, sabiendo que la unidad completa entre ellos, cuando se dé algún día, será fruto del Espíritu. Organizan, además, desde hace algún tiempo, encuentros con los seguidores de las otras religiones para rezar por la paz entre los pueblos⁸². En sen-

⁷⁹ Juan Pablo II habla del *ecumenismo de las obras*, una unión entre los cristianos que se hace vida «en la atención a los enfermos, a los que sufren, a los marginados, a los pobres y a quienes carecen de todo... Es el más urgente de los caminos ecuménicos», cf. «El papa confirma su predilección por los enfermos. Últimos preparativos para la Jornada Mundial del Enfermo que se celebrará en el Líbano», *Zenit* (5-II-1999).

⁸⁰ En enero 1999, los representantes cristianos (católicos y protestantes), judíos y musulmanes se manifestaron juntos, en Francia, contra el «Pacto Civil de Solidaridad» para proteger el matrimonio. Cf. «Cristianos, judíos y musulmanes contra las uniones de hecho», *Zenit* (31-I-1999).

⁸¹ Son palabras de Juan Pablo en un gran encuentro en Estado Unidos, con representantes de todas las Iglesias cristianas, judíos y musulmanes. Cf. «América debe ser para el mundo un ejemplo de sociedad», *Zenit* (28-I-1999).

⁸² El primer encuentro mundial para la oración fue iniciado por Juan Pablo II y tuvo lugar el 26 de octubre de 1986, para rezar por la paz en el mundo. Del 24 al 29 de octubre de 1999, los líderes religiosos tenían otro gran encuentro en Roma. Participaron doscientos representantes de las diferentes religiones (cristianos, judíos, musulmanes, budistas y otras), «para promover los valores del Evangelio, el bien de la familia, de la sociedad, valores humanos, la justicia y la paz». Cf. «Preparativos del encuentro entre las religiones en el Vaticano», *Zenit* (20-V-1999).

tido estricto no «rezan juntos», porque nadie puede entrar en las oraciones de los adeptos de otra religión; pero «están juntos para rezar», cada uno según la propia tradición religiosa⁸³.

V. NOTA FINAL

En suma, podemos decir: los dos movimientos que abarcan las relaciones de los cristianos entre sí y con los seguidores de otras religiones, se basan en fundamentos muy distintos. Pero a la vez tienen muchos puntos en común y se estimulan mutuamente. Exigen las mismas actitudes de fondo que podríamos reunir bajo el término «capacidad para el diálogo», más exacto que *espiritualidad ecuménica*.

La diferencia entre los diálogos ecuménicos y los diálogos interreligiosos queda patente si se mira al fin de ambos. Un cristiano, movido por su fe, busca la plena *comunión* de todas las comunidades cristianas. Pero con respecto a las otras religiones no puede querer la unión, sino diversas formas de *integración* de valores, y radicalmente la conversión a Cristo, ya que está convencido de que allí se encuentra el camino hacia la plena felicidad para todos. En palabras de Pablo VI, las otras religiones son como «brazos lanzados al cielo, brazos que expresan las ansias de Dios en el mundo de hoy. Y nosotros queremos rezar: 'Señor, coge estos brazos'»⁸⁴.

DR^a. JUTTA BURGGRAF
Universidad de Navarra

⁸³ Cf. Gerda Riedl, *Modell Assisi. Christliches Gebet und interreligiöser Dialog in heilsgeschichtlichem Kontext* (Berlin/New York 1998). En esta obra se recogen y comentan las aclaraciones del Vaticano con respecto a los encuentros mundiales para la oración.

⁸⁴ Cf. Pablo VI, citado en Stephan Horn, sds. y Alexander Riebel (eds.), *Johannes Paulus II. Zeuge des Evangeliums*. (Würzburg 1999). En el cristianismo, en cambio, es Dios mismo el que invita al hombre y le «da su mano».